

PREPARATIVOS PARA LA DEFENSA DE RODAS ANTE EL ASEDIO DE 1480

El gran maestre D'Aubusson o la actuación de un gran estratega

Carlos MORENÉS MARIÁTEGUI
Abogado e historiador

El 18 de mayo de 1291 cae San Juan de Acre, último reducto cristiano en Tierra Santa. Los siete caballeros de la Orden de San Juan de Jerusalén supervivientes parten al exilio después de 143 años de intensa actividad hospitalaria y militar en los reinos latinos de Oriente. Al contrario de los templarios y los teutónicos, que vuelven a Europa, los sanjuanistas deciden permanecer en Oriente. Tras establecerse en Chipre durante catorce años, hacia 1306 emprenden la conquista de Rodas. Allí instalan finalmente su convento. Esta isla, a sólo nueve millas de las costas turcas y rodeada de posesiones enemigas, permaneció durante 217 años en poder de los caballeros. Junto con Rodas, poseyeron otras quince islas en el archipiélago del Dodecaneso (1). También mantuvieron dos posiciones en la misma costa turca, Esmirna (2) y Bodrum (Halicarnaso). En total su pequeño reino se extendía sobre un espacio marítimo de unas 80 millas, sembrado de pequeñas islas formando una media luna en cuyo centro estaba Rodas, de 80 kilómetros de largo por 38 de ancho. La capital, que tenía un extraordinario puerto, fue pronto amurallada y rodeada de torres. Una red de fortificaciones repartidas por el archipiélago y su eficaz y ágil flota de galeras, fustas y bergantines, permitió a este pequeño grupo de europeos mantenerse invictos frente a sus poderosos vecinos de la Gran Puerta. Tanto el espíritu cruzado, muy arraigado entre los sanjuanistas, como el valor y el desprecio a la muerte en combate, fueron los otros componentes que produjeron esta sorprendente permanencia. Realmente sus condiciones de vida eran tan duras que apenas un caballero de cada veinte llegaba a los cincuenta años. Pero todo ello no hubiera hecho posible la gran victoria militar de 1480 sin la intervención de un hombre genial, el propio gran maestre Pedro de Aubusson, cuyas previsiones frente al asedio enemigo fueron dignas del mejor manual de estrategia militar.

A finales de la primavera de 1453 una terrible noticia vuela con rapidez por toda Europa: Constantinopla ha caído en poder de los turcos. Apenas transcurridos seis meses de la conquista, el sultán Mahomet II envía un emba-

(1) Las principales eran Limonia, Halki, Simi, Tilos, Nissiros, Cos (Lango), Leros y Kalimnos.

(2) Perdida por los caballeros en 1402 tras un cruento ataque del mongol Tamerlán.



jador a Rodas para exigir, bajo amenaza de guerra, a los caballeros un tributo de 2.000 ducados. Éstos se niegan y el Sultán, ocupado sucesivamente en los frentes de Tracia, Macedonia, Crimea, Serbia, Bosnia, Valaquia y Albania, deja transcurrir veintisiete años antes de decidir el gran ataque a la isla. Durante este tiempo, sus buques no dejan de hostigar a la Religión, nombre por el que se conocía a la orden, y saquean constantemente las islas del archipiélago propiedad de los caballeros. Éstos, por su parte, conscientes del peligro, toman todas las medidas posibles para asegurar sus posiciones. El pequeño grupo de sanjuanistas contrasta brutalmente con la enorme potencia del Imperio otomano. Según un censo de 1476, sólo habitaban la isla 258 caballeros, de los que 81 eran españoles. Además, en 1477, las murallas del castillo de Rodas, donde se encontraba el convento, es decir, las dependencias de los caballeros, se encontraban en estado desastroso. Una tremenda tormenta había derribado las murallas situadas detrás de la catedral, y dejado muy resentidas al resto. Como primera medida, el gran maestre D'Aubusson decide su reconstrucción, y consigue que el papa Sixto IV dedique a esos efectos un jubileo y sus consiguientes limosnas. Durante todo el mes de marzo, el maestre, acompañado del bailío de Cantavieja, recorre la isla para inspeccionar sus defensas. Al mismo tiempo comienza una intensa actividad diplomática. Haciendo uso de su gran habilidad negociadora, firma un tratado de paz con el Sultán de Egipto el 24 de septiembre de 1477. Mientras, el comendador de Blanchefort es enviado a Francia con regalos del gran maestre para Luis XI, entre ellos, aves de ornamento y un leopardo. El comendador informa al Rey

sobre la situación de Rodas y las amenazas del Turco, y solicita su ayuda. A partir de 1478, D'Aubusson emplea todas sus energías en hacer inexpugnable la ciudad de Rodas. Los fosos que rodean la ciudad son ampliados hasta 45 metros de ancho y veinte de profundidad.

Los caballeros son grandes especialistas en la guerra naval y el desgaste material y humano de las fuerzas enemigas empieza a ser insoportable para la Gran Puerta. Mahomet decide comenzar su estrategia de ataque con cortinas de humo y encarga a su hijo Zizim, conocido por su admiración a los caballeros, y a su sobrino Chelebi, gobernador de Mandaquia, que comiencen unas negociaciones de paz. Pero los freires no caen en la trampa. El inteligente gran maestre sigue las negociaciones pero sabe que se prepara la guerra. Con habilidad va ganando el tiempo necesario para hacer venir a todos los caballeros residentes en Europa y preparar las defensas. Entre enero y febrero de 1478 llega el primer embajador turco a la isla. Es el renegado griego Demetrios Sophianos, que conoce bien Rodas. Trae una carta de Zizim que se ofrece a mediar en la paz del gran maestre y su padre el Emperador. Demetrios pide un tributo. D'Aubusson contesta al príncipe en griego y le da largas, alegando dignas y hábiles cuestiones.

Mientras se cruzan embajadores con cartas versallescas, D'Aubusson toma todas las medidas necesarias. «Sabía muy bien el gran maestre el crédito y fe que se ha de dar a las palabras y tratos de los turcos y así no se descuidó un punto en la fortificación del castillo y ciudad de Rodas...» Como primera precaución ordenó que se armasen con la mayor brevedad tres galeras. Mientras esto se cumplía, se cerró el puerto de Rodas para evitar que los bajeles mercantes en tránsito pudieran informar al enemigo de estos preparativos. La enorme cadena que había mandado forjar en 1476 se extendió entre la torre de San Juan o de los Molinos, y la torre de Naillac o de Trabucco. Ambas torres, de 40 y 23 metros de altura respectivamente, fueron reforzadas y realzadas. Sobre sus bases se había asentado en la antigüedad el famoso Coloso de Rodas. Una flotilla de fustas y bergantines patrulla sin cesar en torno a la isla. También se intensifica la vigilancia interna y los servicios de contraespionaje desenmascaran a varios espías enemigos. Entre éstos se encuentra un



El gran maestre D'Aubusson inspecciona las obras de fortificación de Rodas. (Caoursin B. N. París. Ms. Lat. 6067.)

ingeniero alemán, mosén Jorge Frapan, que luego asistiría al comandante de la flota turca durante el asedio. Otros, como el griego Antonio Meligalo, consiguieron hacer llegar al Sultán útiles informes sobre las defensas de Rodas. El maestro, que conoce los avances de los turcos en cuestiones artilleras, estudia el refuerzo de bastiones y murallas y ordena la adquisición de nuevas piezas más modernas y potentes. Aún se conservan algunos de estos cañones, como una culebrina de siete metros y una extraordinaria bombardera, con el escudo de D'Aubusson, de 4.597 kilos, capaz de lanzar proyectiles de 0,66 metros de diámetro y 261 kilos de peso. Hoy se encuentran situadas en la entrada de la Capilla de los Inválidos, en París.

En tanto se negocia la paz, se pacta una suspensión de hostilidades por tres meses. No obstante este concierto, las fustas turcas apresan vasallos del Hospital en algunas islas del archipiélago. El gran maestro escribe a Zizim, conminándole a cumplir su palabra. Rodas estaba falta de provisiones y ésta fue otra de las deficiencias que se hubo de solventar con rapidez. D'Aubusson autorizó el libre tráfico a los mercaderes orientales de grano contra un tercio de su carga que, pagada a su justo precio, quedaba en los almacenes de Rodas. Esta medida fue de lo más provechosa pues permitió llenar los graneros de la isla con reservas para dos años. El 4 de febrero de 1478, los bailíos de Mallorca y Cantavieja parten para Sicilia en una nave gruesa con la misión de cargarla de trigo. El 27 de mayo siguiente el aragonés frey Mateo Albalate recibe el mismo encargo. El gran maestro envía instrucciones a los comendadores y priores italianos para que les proveyesen de lo necesario. Pero esto no era suficiente. Solicita autorización del papa Sixto V para comerciar con Egipto, sultanato con el que había firmado la paz, y envía a esta nación varios buques cargados de pez y madera. Con el importe de su venta, compra nuevas provisiones y vituallas. Para asegurar completamente la paz con los reinos del norte de África, envía un embajador al Rey de Túnez, el caballero León l'Amant. El rodio Juan Philos firma la tregua por treinta años el 18 de febrero de 1478. Aprovechando estos tratados, el maestro rescata un gran número de prisioneros cristianos y algunos caballeros cautivos de sus nuevos aliados. D'Aubusson adquiere también cuatrocientas corazas en Venecia y alquila dos galeras armadas bajo el estandarte de Aragón y Castilla para traer a Rodas a los caballeros que llegaban de toda Europa. De nuevo el embajador de Zizim, el griego llamado Dimitrio Sofiano, llega a Rodas para requerir la firma del acuerdo. Ahora, utilizando una sutileza diplomática, en lugar de tributo habla de «presente». El gran maestro envía una carta al príncipe turco «agradeciéndole la buena inclinación que tiene para la paz» pero, para ganar tiempo, le dice que deberá solicitar la autorización del Sumo Pontífice y le recomienda que él haga lo mismo con el Sultán, su padre. D'Aubusson convoca el 28 de octubre de 1478 un capítulo general urgente. Durante veinte días se estudia la precaria situación económica de la orden y se toman medidas para «reactivar» sus finanzas. El gran maestro asume, de forma excepcional, plenos poderes a instancias del Consejo. Se destinan 35.000 escudos para el mantenimiento del convento, la iglesia, la enfermería, el castillo de San Pedro y el arsenal, así

como para la alimentación de 450 caballeros y el mantenimiento ordinario de una galera y de otras dos para cuatro meses. Nuevamente, varios embajadores parten hacia Europa con plenos poderes para recoger respensiones (3) y annatas. Entre ellos frey Pedro Fernández de Heredia, bailío de Cantavieja, que se dirige a España. El gran maestre intuye la tormenta que se avecina y sabe que sus religiosos-enfermeros han de ser sólo soldados frente al peligro. Evidentemente era difícil imaginarse a unos combatientes, que llevaban una armadura de 25 kilos, haciendo guardias y luchando con pesadas armas bajo el ardiente sol egeo y, a la vez, cumpliendo sus obligaciones religiosas de ayuno y rezos y asistiendo a los enfermos del hospital. Para solucionar este problema envía dos embajadores al Papa pidiéndole la dispensa temporal de su austera regla antigua con excepción de los tres votos. Uno de estos dos embajadores es frey Juan de Cardona, bailío de Mallorca.

Los caballeros también son los señores de Rodas y en el capítulo general se toman algunas medidas de orden público y administrativas. Entre otras, se estudian tres peticiones formuladas por el pueblo rodio. La primera es que cada uno pueda vender libremente el vino de su propia cosecha. La segunda es que se retirasen las mujeres deshonestas a un lugar apartado de la ciudad, pues su actividad molestaba a las gentes honradas. Es curioso que quinientos años después se siga debatiendo este tema en las ciudades modernas. La tercera es que los habitantes de Rodas, aunque fuesen griegos, pudiesen ser recibidos en la Religión. La orden contesta que, en cuanto al vino, los derechos de alcabala que lo gravaban estaban destinados al armamento de las galeras y que no se podía innovar cosa alguna. Respecto a las «cortesanas», se prohíbe que vivan entre las personas honradas y si tuvieran su vivienda entre ellas, se permite que sean expulsadas por los vecinos previo pago de su vivienda. En cuanto a la admisión de griegos en la orden, se les contesta negativamente por ser contrario a los estatutos de la Religión. A pesar de éstas y otras negativas el pueblo rodio estaba muy unido a la orden, que lo trataba de una manera tolerante y paternalista. Además, desde la llegada de los caballeros el nivel de vida de los isleños había crecido de forma muy significativa.

Por supuesto se estudian en este capítulo general diversos asuntos relacionados con la flota, compuesta entonces por tres galeras, una gran nave y varias unidades menores. La *servitudo marina* había sido abolida en 1462. A partir de esa fecha se emplea un sistema de levas. La utilización de esclavos no era del agrado de los caballeros, pues a pesar de ir encadenados, no ofrecían seguridad en los combates. En el capítulo se decide la contratación anual de *remiges* y *galioti* por un ducado de oro mensual y un complemento de sueldo por el servicio en la mar. Se fija este sueldo generoso para facilitar el reclutamiento «et hoc fit ut facilius inveniantur remiges et galioti in necessitate armandi contingente casu aliquo». El capítulo general termina el 17 de noviembre.

Los espías del gran maestre, elementos fundamentales en la defensa sanjuanista y que llegan a introducirse hasta en el serrallo de Constantinopla,

(3) Impuesto ordinario sobre las encomiendas de la orden.

anuncian que Zizim y el bey de la Mandaquia están preparando la toma del castillo de San Pedro, que la orden tiene en la costa turca. Este importante castillo construido en la antigua Halicarnaso (hoy Bodrum) fue edificado por el Hospital con los restos derruidos del famoso mausoleo. Rápidamente D'Aubusson envía una barca armada al castellán avisándole de que no vaya a caer en ninguna treta o artimaña turca. Un par de años antes había ordenado ensanchar los fosos del castillo para que pudieran refugiarse las falúas y bergantines de la orden. Todos los permisos de retorno de los caballeros a Poniente son suspendidos y se envía a San Pedro un contingente de caballeros y soldados. Las sospechas del maestre se van haciendo realidad. A primeros de abril de 1479, recién comenzada la espléndida primavera rodia, un nuevo embajador de Zizim llega a Rodas. Trae la autorización del Sultán y de Zizim para hacer las paces. El gran maestre intuye que tanto embajador no tiene otro sentido que estudiar las fortificaciones de Rodas y lo devuelve sin permitir su estancia. Con el turco se va un rodio como embajador del maestre que tiene además la misión de rescatar a los caballeros que estaban prisioneros de los turcos. Lleva una carta para Zizim en la que dice que está de acuerdo en hacer las paces «pero al modo antiguo, sin tratar de tributo» (4). El astuto D'Aubusson da una nueva larga cambiada.



El asedio de Rodas (vista general de Rodas).
(Caoursin B. N. París. Ms. Lat. 6067.)

Apenas partidos los embajadores llegan noticias de que 16 galeras y varias fustas turcas han zarpado para atacar las islas sanjuanistas, mientras la gran Armada enemiga se prepara en Constantinopla. El maestre ordena que los habitantes de las islas se retiren a los castillos y distribuye las treinta poblaciones existentes entre las 11 fortalezas de la orden. Exceptúa a los que hayan sido designados para la guarda del ganado y a los vigías de la costa. Todo se hace con exactitud y precisión. Se envían dos galeras fuertemente armadas al baillío de Lango, Eduardo de Carmandin, que carga con su mantenimiento durante cuatro años con un coste de 9.000 florines. A cambio se le concede el privilegio de que todas las presas que hiciese fuesen suyas con excepción de los arráeces y renegados capturados. Se ve que la orden dispensaba un «trato especial» a esta

(4) El maestre hace referencia a la paz firmada con Amurat I a fines del siglo XIV.

canalla que hacía sufrir más de la cuenta a los prisioneros cristianos. Vuelto a Rodas el embajador que el gran maestre había enviado a Turquía «sobre el negocio de las paces», cuenta que «había conocido en Mahometo un dañado ánimo contra la Religión, no pudiendo sufrir que tan pequeña República tuviese atrevimiento de negarle tributo, estando tan cerca de sus Estados...». Unos meses antes, la poderosa Venecia, acosada en sus territorios levantinos por la Gran Puerta, había firmado un humillante acuerdo con el Turco, por el que se sometía a pagar un tributo anual de 80.000 escudos. La orden queda sola frente al enemigo. El gran maestre llama a convento, por carta de 20 de julio de 1479, a todos los caballeros residentes en ultramar: «Hermanos muy amados, os pedimos y mandamos en virtud de Santa Obediencia, con pena de privación del hábito y bienes, que todos con vuestras armas, caballos y provisiones de guerra, os halléis personalmente en este Convento por todo el mes de abril siguiente». Al tiempo acelera las medidas de defensa y encarga al turcopolier (5) y al caballero de Blanchefort el armamento de dos nuevas galeras, tanto para combate como para transporte de avituallamientos. Las dos galeras marchan hacia Italia con embajadores para pedir socorro al Papa, al Rey de Francia, a los potentados italianos y a los príncipes de Alemania, Inglaterra y Flandes. Los embajadores llevan plenos poderes para vender y empeñar los bienes de la Religión y enviar el dinero a Rodas. Uno de estos embajadores vuelve a ser Pedro Fernández de Heredia, bailío de Cantavieja.

En este tiempo, el Papa extingue la órdenes del Santo Sepulcro y de San Lázaro de Jerusalén y las anexiona con todos sus bienes a la Orden de San Juan. Tres caballeros enviados por el gran maestre marchan a Roma con plenos poderes para concluir la unión.

La isla está en pie de guerra. Se pasan continuas revistas a los caballos —uno por caballero— para que estén en perfecto estado para el combate. Paul de Virtemberg, bailío de Brandeburgo y capitán de la caballería, recorre la isla con sus escuadrones, asegurando las posiciones contra los continuos asaltos de las fustas turcas. El propio gran maestre le acompaña y ambos estudian, lugar por lugar y metro a metro, las posibilidades de defensa y ataque. Se produce un asalto contra Tilo. Sus defensores aniquilan a los turcos y sólo hacen un prisionero. Aplican «la cuerda» al cautivo, que cuenta cómo se armaban 150 bajeles en Constantinopla. Los buques habrían de pasar el estrecho de Gallípoli y atacarían Rodas en poco tiempo. Suministra una información valiosa: la flota irá armada sólo con artillería ordinaria. Esto hace pensar en un bloqueo más que en un desembarco. En vista de lo que el turco cuenta, se decide fortificar y dotar de guarnición de refuerzo al castillo de Vilanova, que iba a ser derribado. Pero el prisionero turco ha engañado involuntariamente a los caballeros. Los preparativos de la Gran Puerta son llevados con el mayor secreto. «Si un pelo de mi barba supiera lo que piensa mi cerebro, lo arrancaría y lo echaría al fuego», se complace en decir Mahomet. El Sultán

(5) Este cargo fue responsable de la caballería de la orden durante la estancia en Tierra Santa. En Rodas tuvo el mando de las flotillas de guardacostas y de las fortificaciones costeras.

había estudiado detenidamente el asedio de Rodas con sus ingenieros militares más expertos en fortificaciones. Ante su determinación, los ingenieros dictaminan que «no había murallas ni baluartes por fuertes que fueran, que no les rompiese la artillería». No obstante, algunos de los jefes turcos tenían sus dudas, dadas las extraordinarias defensas de Rodas. Mahomet ordena a su ejército que pase al Helesponto, por el Asia Menor, y a la Licia y fuese por tierra, en pequeños grupos, a las marinas opuestas a Rodas. La artillería, con los demás instrumentos y máquinas de guerra, es embarcada en las naves. Como comandante de la flota, se designa al gran visir o primer bajá Misach, príncipe de la familia de los Paleólogos que, en la caída de Constantinopla, abjuró de su fe para salvar la vida. El bajá intenta por todos los medios que las noticias no lleguen a los caballeros y hace guardar todos los pasos y caminos. Para engañar al maestre hizo armar 150 fragatas y buques ligeros con sólo artillería ordinaria, mientras que los buques pesados cargaban toda la impedimenta de guerra. A aquellos buques se refirió el turco torturado. Pero los caballeros no caen en la trampa y todas sus fortalezas fueron preparadas para resistir un sitio de tres años. Se toman varias medidas detenidamente estudiadas. Entre ellas, el abandono del castillo de Limonia, al noroeste de Rodas, por su dificultad en el abastecimiento de agua. El 16 de noviembre de 1479 llega a Rodas «la nave gruesa del Tesoro» con gran cantidad de trigo que se había adquirido en Manfredonia. El día 23 llega un aviso de los espías: 150 bajeles turcos navegan hacia Rodas, aún estando en pleno invierno, para cortar los aprovisionamientos de la isla y atacar posiciones costeras. Informan también de que el Sultán parte por tierra con el ejército, mientras se preparan las naves gruesas. El gran maestre se preocupa por la población civil. Como en ocasiones anteriores no habían obedecido con puntualidad sus órdenes de refugio, lo que costó la vida a muchos, D' Aubusson dictó un bando para que se produjese la retirada al amparo de los castillos bajo pena de muerte. Las dos galeras que había en Rodas más las dos de Lango se aprestan al combate. El 4 de diciembre de 1479 la vanguardia de la flota, compuesta de 150 velas turcas al mando del bajá Missah Paleólogo, fondea frente a Rodas. Le acompaña el renegado griego Meligalle, que había jurado dar de comer a los perros el cadáver del príncipe de Rodas. Desembarcan infantería y caballos pero la caballería ligera sanjuanista, al mando del bailío de Brandeburgo, «mató a muchos y les hizo embarcar con poca ganancia». La flota turca levó anclas y se mantuvo en la zona para impedir posibles expediciones de socorro. Los turcos capturados informan de que Solimán prepara el gran asalto en primavera. El maestre envía al Papa a su senescal, el bailío de Mallorca, frey Juan de Cardona, en petición de auxilio. Un espía de los turcos es descubierto y confiesa tras el correspondiente tormento: «Formáronle proceso y conocida su deslealtad y traición le colgaron poniéndole hecho cuartos en cuatro partes». En enero la flota enemiga se detiene ante al castillo de Tilo y, durante ocho días, lo bate furiosamente intentando varias veces el asalto. Los defensores resisten y obligan al Turco a retirarse. El gran maestre felicita a los caballeros y premia a los demás defensores con cierta cantidad de trigo. El bajá se dirige al puerto de

Marmaris en Lycia, a 18 millas de Rodas, lugar marcado para la reunión de todas las fuerzas turcas. Durante la travesía muere el renegado Meligalle, roído vivo por los gusanos que anidaban en sus heridas. A principios de la primavera comienzan a llegar a Rodas los caballeros residentes en Europa: 300 nuevos sanjuanistas y 2.000 soldados engrosan las escasas fuerzas de la isla. Llega también una importante remesa de corazas y escudos y 1.000 arcabuces, todo ello obsequio del duque de Milán. El 13 de abril el gran maestre sabe que se acerca el momento fatídico y toma nuevas medidas de defensa. El 24 de abril, la nave gruesa del Tesoro es enviada a los castillos de Lango y San Pedro con municiones y víveres. De vuelta trae a Rodas gran cantidad de isleños. El maestre hace bajar de su santuario, en el monte de su nombre, al icono de la Virgen de Filermo, patrona de la orden, y ordena fortificar el castillo que allí se hallaba.

El ejército enemigo, calculado por algunos autores en 70.000 hombres, se acerca a sus posiciones frente a la costa del pequeño principado cristiano. Los turcos hacen correr noticias que sólo son movimientos disuasorios e incluso que Mahomet había muerto. El 13 de mayo el gran maestre da la orden a la población civil de buscar refugio en las fortalezas según

lo previsto. Ordena también que todos los que tuvieran casas y jardines cerca de la ciudad de Rodas, en el plazo de dos días, llevaran todas las puertas, ventanas, cerraduras y árboles secos, y los amontonasen en el interior de la ciudad y echaran el resto por tierra. Manda confiscar todos los buques extranjeros que estaban en el puerto, obligándoles a servir, mediante la correspondiente paga, a la Religión. Ordena segar y recoger todas las cosechas para no dejar pasto a la caballería enemiga y que todo «el bestiamen» sea conducido al interior de las murallas de Rodas. Hizo destruir dos iglesias extramuros para que no fueran utilizadas como protección por los atacantes. Los árboles que rodeaban las murallas fueron talados, y las quintas de recreo, derruidas. Con ello, los alrededores de las murallas quedaron completamente despejados.

Los vigías avisan de que la flota está recogiendo al ejército en la costa del continente y de que hace velas hacia Rodas. El 23 de mayo de 1480 fondea frente a la isla y desembarca a las tropas y 16 grandes piezas de artillería «de



El asedio (detalle). En primer plano, parte septentrional de las murallas con la torre de San Nicolás. (Caoursin B. N. París. Ms. Lat. 6067.)

longitud de veinte y dos palmos que tiraban balas de nueve y once de circunferencia». El gran maestre despacha correos al Papa y vuelve a escribir a los caballeros el 28 de mayo: «El tirano de los Turcos... habiendo cercado nuestra ciudad, nos tiene encerrados dentro...», y añade: «Conocerán los enemigos que no han de medir sus escarcinas (6) con hombres de flaco y afeminado pecho... sino con caballeros ejercitados en la Milicia». El gran maestre indica que, a pesar de estar cercados, «está abierta para todos la entrada del puerto y a ninguno que queramos recibir, puede ser prohibida: porque suelen soplar de ordinario en este canal, particularmente el verano y el otoño, los vientos ponientes, con que las naves y bajeles de los marineros prácticos entran con dichoso curso en la boca del puerto». En otro párrafo les requiere para que acudan de inmediato en socorro de la ciudad cercada, con naves cargadas de municiones y soldados: «Si lo hizieredes —les dice— a más del merecimiento de la eterna vida, que después desta peregrinación está aparejada en el cielo, adquiriréis el nombre de la fama inmortal...».

El sitio acabó después de cuatro meses con una rotunda victoria de los caballeros. Nunca se había conocido un caso igual. La desproporción entre ambos ejércitos era tan enorme —de veinte a uno—, que la victoria fue tenida por milagrosa. Los grandes estandartes de la Religión, enarbolados por D'Aubusson frente al último y gran asalto turco, fueron transformados por la leyenda en una visión celestial de la Santísima Virgen bajo una cruz de oro, escoltada por San Juan Bautista y otros santos provistos de espadas flamígeras. La visión, terrible para los agotados turcos, les hizo huir y levantar el sitio. Mientras toda Europa se deshacía en elogios, los caballeros volvían a empezar sus preparativos de guerra y la reconstrucción de Rodas. D'Aubusson, cinco veces herido en el asedio, tenido por el mejor soldado de la Cristiandad, fue hecho cardenal por el Papa. Fernando el Católico, admirado por la valentía de los caballeros, en un privilegio firmado el 7 de agosto de ese mismo año de 1480 los califica de verdaderos atletas de Cristo. Sobre el sitio de Rodas, se escribió y pintó uno de los más bellos códices medievales, el *Obsidionis Urbis Rhodie Descriptio* (7), de Guillermo Caorsino, canciller de la Orden.

Salvada de los turcos, Rodas fue destruida por varios terremotos en 1481, año siguiente al asedio. Uno de ellos, el de 18 de diciembre, fue especialmente devastador. Hizo desplomarse iglesias, murallas y casas, y afectó a las grandes torres del puerto y al palacio del gran maestre. Una gran cantidad de personas quedó enterrada entre los escombros. El mar subió diez pies sobre su nivel ordinario y se produjeron lluvias torrenciales. Para los caballeros fue una incidencia más e, inasequibles al desaliento, reconstruyeron sin descanso los destrozos que el enemigo y los terremotos habían causado. Así se mantuvieron durante 217 años. Un tercer y aplastante asedio turco, en 1523, les obligó a pactar la rendición ante las enormes fuerzas desplegadas por Solimán el Magnífico. Partieron de la isla con todas sus armas, su flota, sus tesoros y sus

(6) Espada corta y corva a manera de alfanje.

(7) Biblioteca Nacional (París). Ms. Lat. 6067.

archivos, recibiendo los máximos honores del propio enemigo. A partir de ese momento comenzaron un doloroso camino que habría de terminar con su establecimiento en la isla de Malta, cedida por el emperador Carlos V. Desde allí seguirían, otros 274 años más, haciendo frente a los turcos, manteniendo a raya a la piratería mediterránea y combatiendo junto a España en todas las campañas marítimas de ésta contra el infiel africano.

Bibliografía

BOSIO, Iacomo: *Dell'istoria della Sacra Religione ed Illustrissima Militia di San Giovanni Gerosolimitano*. Roma, 1594.

BOCKMAN, W. E.: *The Two Sieges of Rhodes*. Londres, 1969.

BREYDENBACH: *De Rhodie Urbis Obsidione*. Maguncia, 1486.

BUTLER, Lionel: *The Siege of Rhodes 1480*. Londres, 1980.

CAORSINUS, Gulielmo: *Rhodiae urbis a Turchis obsidio...* Zaragoza, 1486.

CURTE, Iacopus: *Obsidiones Rhodiae Urbis Descriptio*. Venecia, 1480.

DUPUI, Meri: *Relation du siège de Rhodes en 1480*. Audenarde, 1481.

FUNES, Juan Agustín: *Coronica [sic] de la Illustrissima Milicia y Sagrada Religión de San Juan Bautista de Jesuralén*. Valencia, 1626.

MAIURI, A.: *I Castelli dei Cavlieri di Rodi a Cos e a Bodrum (Alicarnaso)*. Bérghamo, 1924.

ROSSIGNOL, Gilles: *Pierre D'Aubusson, le bouclier de la chretiené*. Besanzón, 1991.

SOMMI PICENARDI, Guido: *Itinéraire d'un Chevalier de Saint-Jean de Jérusalem dans l'île de Rhodes*. Lille, 1900.

VALENTINI, Roberto: *L'Egeo dopo la caduta di Costantinopli nelle relazioni del Gran Maestri*. Roma, 1936.